



es a partir de Blagovestchensk, en la confluencia del Amur y el Seya, y hasta Vladivostok. Se tiene la impresión, a lo largo de los 7.200 kilómetros de frontera, de que el enorme puño chino está contenido en la palma de la mano rusa. Pero allí China se desborda, se trata de la llanura, el Amur y el Ussuri son la única frontera natural, frontera elástica, ya que en períodos de crecidas el Amur invade a veces 200 kilómetros de tierras. Frontera estacional, en invierno el Amur y su afluente quedan enteramente cubiertos por el hielo; la capa sobrepasa con frecuencia el metro de espesor y llega a soportar el peso de convoyes blindados; en invierno empiezan los problemas, ya que en verano el único importante es el de contener el desbordamiento de las aguas sobre las tierras de las dos orillas.

Boris Yossefovitch es ingeniero de ferrocarriles. Hizo conmigo el viaje a Vlagovestchichensk en el transiberiano. Habla bastante bien francés, ya que lo aprendió con los Padres Blancos en Jarbin, Manchuria, donde su padre ayudaba a los chinos en la construcción de la vía férrea que unía el transiberiano con China. Se propuso que visitara su ciudad, Jabarovsk. Los problemas políticos, sobre todo cuando se refieren a la defensa, son siempre difícilmente abordables con los soviéticos. Me arriesgué a preguntarle si después de las escaramuzas del mes de marzo podía temerse una escalada de las hostilidades hacia China que pudiera acarrear un peligro auténtico de guerra. Su rostro se crispa. En esta región de Extremo Oriente no agrada hablar de las relaciones actuales con China, está demasiado cerca, está ahí enfrente; desde el Promontorio de los Húngaros que domina el río Amur se ve tras éste la multitud de islotes, más allá de las brumas azules, con sus perfiles recortándose sobre los contrafuertes de las montañas manchúes. A guisa de respuesta, Boris señala con el dedo el lugar donde el Amur y el Ussuri se encuentran. Hay dos chimeneas que humean por encima de una gran fábrica. «¿Ves? —me dice—. Esta fábrica es Amurkabal, es la más importante de Siberia y del Extremo Oriente. Existe desde 1958, y ya en 1968 ha producido 300.000 metros cúbicos de cemento; hay dos más en Jabarovsk, más pequeñas, es cierto, pero en 1970 debemos construir cincuenta pisos diarios, pisos isotérmicos capaces de permanecer calientes con fríos superiores a los cuarenta grados bajo cero en invierno. Debemos ofrecer casas de mejor calidad y un confort mayor que en Occidente. Nuestro verdadero problema frente a China en esta región es el de la población. Cuando lo hayamos resuelto explotaremos los increíbles recursos, apenas tocados, de este país». Su respuesta a mi pregunta se queda ahí, es realmente difícil sacar algo más.

Al abandonar el Promontorio se atraviesa el Parque de la Cultura. Contiene un estadio capaz

LA FRONTERA ROJA

para 25.000 personas y una piscina de agua caliente. Todo eso a cincuenta metros sobre el nivel del río. Boris se entusiasma: «Han transportado un trozo de montaña, antes no había más que pantanos». Habla de los viejos pioneros con bigote stalinista que acaban apocópsicamente su vida lanzando sus anzuelos al río que comienza a deshelarse.

Detrás del parque, una calle empinada está llena de vehículos militares parados ante un gran inmueble ocre, el círculo de oficiales. A la entrada hay dos imponentes estatuas de bronce. Una representa a un piloto de la última guerra con su casco y sus gafas de vuelo, con una capa plegada al brazo, y la otra a un marino que parece salido del acorazado «Potemkin». Ninguno parece haber cumplido los treinta años, y al ver que ello me asombra, Boris me dice que se trata de algo normal. Los años de servicio cuentan el doble en la región, y los oficiales proporcionan el 70 por ciento de los mandos que se instalan en la provincia. Se retiran del ejército bastante jóvenes e inmediatamente van a parar a la industria como jefes de brigada y su sueldo es del 20 al 30 por ciento superior a uno occidental.

En el fondo, la afluencia masiva de tropas constituye una ventaja para la repoblación de la provincia.

Boris me deja y me pregunta si puedo acompañarle al día siguiente hasta Bikin, en el Sur, donde debe recuperar un Informe de obras.

A la mañana siguiente está a la puerta de mi hotel con un «Volga» azul de los ferrocarriles soviéticos.

El «Volga» azul llega al límite de la ciudad, que se encuentra más allá de la gran fábrica de elementos prefabricados de cemento y asfalto. Es el campo. La carretera es recta, con dos carriles. Hay un puesto de policía. Nos paramos, mi amigo muestra la documentación del coche, dice unas palabras y volvemos a partir hacia el Sur, a lo largo del Ussuri, que queda a mi derecha, del otro lado de la vía férrea que acabamos de pasar. Estamos solos en la carretera. Hace calor. A la izquierda, a lo lejos, veo las pendientes de las montañas de la cadena de las Shikotes Alin. Circulamos a 80 sin ninguna dificultad. La zona es llana. De momento, ni un soldado, ni rastro de guerra, ni un convoy. He hablado demasiado precipitadamente. Hemos hecho alrededor de 100 kilómetros y ante nosotros se veían las casas de Wlazemsky cuando al borde de la carretera, parados, cruzamos una treintena de camiones cúbicos completamente cerrados. Nos paramos. Los conductores están reunidos cerca del camión que va el primero. Uno de ellos toca el acordeón, los otros hacen corro y cantan. Son más de las once, es la pausa. Mi compañero bromea con los soldados. Evidentemente transportan material y no tropas. Un gesto de mano indica el Sur. Wlazemsky está compuesto de casas de madera construidas de cualquier ma-

nera, de algunos edificios de cemento, de más casas de madera, y eso es todo. Salimos del pueblo después de recorrer un kilómetro de carretera. Se trata de un símbolo de la política de superpoblación rápida llevada en esta región. Un nuevo puesto de policía, pero el control no es severo. Volvemos a coger velocidad. A la derecha seguimos teniendo el Ussuri e islas sin fin que se asemejan a un rosario.

Se acaba por no saber dónde se encuentra la orilla y dónde están las islas. Es como si se tratara de un río que se convierte en una charca. Además, es el día en que rompe el hielo. De un día para otro todo ha estallado. El hielo que ayer aún parecía sólido, capaz de soportar camiones y convoyes, salta. Bloques de un metro de espesor se montan unos sobre otros. Resulta absolutamente extraordinario como espectáculo. Trozos de hielo que se animan, que juegan a pólo, que se van, liberando en primer lugar las orillas, las islas, a precipitarse al centro del río. Seguimos rodando, hasta que una nueva garita nos hace disminuir la velocidad. De lejos no se entiende nada, ya que estamos en pleno campo. Todavía tenía los ojos completamente pegados al río cuando la disminución de la velocidad me hace mirar al otro lado. Se trata de un campamento militar improvisado. ¡Y qué campamento! Un centenar de tanques pequeños, de vehículos con cadenas, están situados al pie de la colina. Los tanques están aún sobre sus remolques. Luego acaban de llegar. El campamento no está cercado, ni rodeado. No tiene nada de lo que generalmente hace de un campamento militar. Se trata, pues, de una medida de urgencia que les ha traído aquí. Esta vez no hay ni acordeón ni parada. Hemos entrado en el terreno de las cosas serias.

Unos kilómetros más, un alto para comer muy cerca del Ussuri y de su espectáculo de hielo enloquecido. «Es extraordinario que las islas resistan al hielo», dice de repente mi compañero. «Me acuerdo de que la agencia Tass declaró que los soviéticos habían abandonado Damansky, ya que con el período de las aguas altas habría sido sumergida». «Replto —me dice— que no conozco bien toda esta región. Las islas resisten a todo, pero, ¿cree usted verdaderamente que hay que hacer matar hombres por trozos de tierra cubiertos sólo de maleza?».

Damansky es una isla llana, especie de joroba de tierra, de un kilómetro de largo y aproximadamente ochocientos metros de ancho. Nadie vive en ella. Damansky y todas las otras islas que se le parecen, situadas en los cauces del Amur o del Ussuri, son ahora el punto de reunión de todos estos refuerzos que he visto en marcha, de refuerzos que vienen de tan lejos como Alemania Oriental. Damansky, pequeña isla... chino-soviética. ■ GERALD FOURNIER (Gamma).